

JUAN LUIS PANERO

DOS POEMAS

EN EL BAR DE L'HOTEL
(RUE DE BEAUX ARTS)

Para María Rosa y Pere Gimferrer

En este bar, donde todo tiene un aire de suave decadencia
—de barroco vienés de Gustav Klimt—
evoco olvidados recuerdos de Borges
—una lápida sobre la puerta conmemora sus estancias aquí—.
Cuando de pronto, una voz áspera y dura, surgida de la sombra,
interrumpe mi lento monólogo melancólico,
"ça va", "ça va", repite y repite en distintos tonos,
que graves o silbantes se pierden en el aire,
sin que pueda saber —no hay nadie alrededor— su extraña procedencia.
Al fin, detrás de una columna, descubro sus orígenes:
en su jaula dorada, una cotorra verde, con el cuello amarillo,
desafiante chilla "ça va", "ça va"
y los colores brillantes del pájaro enjaulado
sugieren otra imagen, un tópico gastado,
el recuerdo de Oscar Wilde, que aquí bebió y murió.
Estar cansado tiene plumas y la naturaleza imita al arte
en el salón vacío del atardecer,
mientras bebo e interrogo a dos sombras o símbolos
y esa voz, casi humana, me responde "ça va".

LOS ABANDONADOS DE LA MUERTE

Uno, con el puño apoyado en la mejilla,
el otro, con la cabeza hundida entre las manos
y el tercero, con los ojos abiertos al vacío,
los tres viejos, dormitan alrededor de la mesa, en la terraza de un bar.
Después del café, acalorados, esperan a la desconocida
que les visita en sus sueños, pacientes o impacientes,
y acaricia las máscaras de sus rostros,
que el sudor dibuja y borra.
De pronto, el ruido de una moto
y una pareja joven y enlazada que cruza la carretera,
después el estruendo, los previsibles signos de la muerte,
que busca juventud y no cuerpos decrepitos.
Los tres viejos se miran y lloran su abandono.